

NUESTROS AMIGOS LOS GUATEMALTECOS

De vez en cuando me acuerdo de mis amigos de Guatemala, donde traté a muchos intelectuales de valer y conocí a uno de los más grandes poetas de América: Rafael Arévalo Martínez. Guatemala ha tenido siempre notables literatos. Del siglo pasado recordamos a Batres Montújar y de los albores del siglo veinte al maestro de la crónica Enrique Gómez Carrillo. En la capital guatemalteca traté a José Rodríguez Cerna, exquisito prosador y a los bardos Alberto Velásquez, Carlos Wyld Ospina y César Brañas. Sobre la intelectualidad guatemalteca se podrían escribir muchas páginas; pero aquí sólo le dedico un recuerdo.

Hace casi cuarenta años que dejé a Guatemala, después de haber representado a México, con carácter diplomático, durante 30 meses. Me dolió salir de aquel país hermano, donde tuve tantos amigos y se me guardaron tantas consideraciones. Ha pasado mucho tiempo desde aquella despedida y, sin embargo, la amistad sigue en pie. Cuando he tenido ocasión de volver a la tierra del quetzal, encuentro vivos los afectos que antaño cultivé y son los viejos amigos de siempre los que me hacen gozar del ambiente cordial que se respira en esa tierra de volcanes agresivos y de ríos rumurosos que riegan los cafetales del trópico.

Sus anhelos de libertad los guatemaltecos los hallaron simbolizados en un pájaro de plumaje policromado, de larga y brillante cola, que el hombre no ha logrado domesticar. Esa ave rebelde fue evocada en un bello poema de nuestro gran poeta Efrén Rebolledo:

Y venero a los quetzales que se mueren en la jaula.

Confieso que no tuve ninguna condición especial para hacerme estimar por los *chapines*, que son los guatemaltecos de la capital.

Lo que pude advertir, desde luego, es que no encontraba diferencia entre el medio en que me movía allá, con el de cualesquiera de las provincias de México o con el de nuestra metrópoli. Ni el idioma, ni los gustos, ni las costumbres son diferentes. Una vida muy semejante a la que se disfruta en nuestro país y las mismas aspiraciones o inquietudes. Tuve amigos en las altas esferas de la administración pública, como entre los obreros y los estudiantes. Recuerdo que cada vez que daba una recepción diplomática, al final invadían la legación numerosos grupos de universitarios, que llegaban cantando su himno en boga, “la chalana”:

*Matasanos practicantes,
del emplasto fabricantes,
huizachines del lugar,
¡estudiantes!
en sonora carcajada
prorrumpid: ja ja.*

Política de intercambio. Mi mayor preocupación fue lograr que en Guatemala se conociera mejor a los mexicanos y que en México se estimara más a los guatemaltecos. Así fue como obtuve que durante mi gestión aumentara el número de estudiantes guatemaltecos en las escuelas de México, que hombres de estudio y artistas de renombre, mexicanos, fuesen a Guatemala, y que se iniciara un provechoso intercambio de valores deportivos. En mi tiempo estuvieron allá Virginia Fábregas con su gran compañía de drama y comedia; las empresas de zarzuela y revistas de Sánchez Wimer, de Ortega, Prida y Castro Padilla y de Roberto Soto; Mario Talavera, Carmen G. Cornejo y Jesús Mercado; la notable Banda de Estado Mayor, que dirigía Melquíades Campos; el pianista Conrado Tovar y el conferenciante Daniel Cosío Villegas. Entre los deportistas tuvimos allá al club de fútbol *América*, el equipo de basquetbol *Cooperación*, en que figuraban los hermanos Rojo de la Vega, y a tenistas como Manuel Llano y Félix del Canto. Es decir, lo mejor de entonces. En correspondencia vinieron a México varios campeones del tenis de allá y el club de fútbol *Guatemala*.

En materia cultural, recuerdo haber dado a conocer en Guatemala las obras de nuestros más distinguidos escritores y poetas, tanto a los consagrados como de los que empezaban a figurar en primera línea. De los primeros se conocían ya Díaz Mirón, Urbina, Nervo, González Martínez, Rafael López, Núñez y Domínguez...

De los segundos se estimaban las obras de Azuela, López Velarde, Othón Robledo, Martín Gómez Palacio, Gorostiza, Pellicer...

Mutuo entendimiento. Las relaciones entre México y Guatemala fueron de un mutuo entendimiento, que dio los mejores frutos a fines de 1923 y en 1924, cuando en México estalló la rebelión delahuertista. Aquella situación puso en relieve la gran simpatía que el Presidente de Guatemala, general José María Orellana, sentía por México. Por Guatemala entraron todos los elementos de guerra necesarios para sostener a las fuerzas del Ejército mexicano, leal al Gobierno, que se sostenía en el Istmo de Tehuantepec y en Chiapas. No carecieron de nada las tropas de los generales Donato Bravo Izquierdo y Juan Domínguez: dinero, armas, provisiones de boca, medicinas y petróleo para mover los trenes, que se pasó por un oleoducto llevado a través del río Suchiate. Sin esa ayuda decidida y eficaz del Presidente Orellana, la situación de las fuerzas del sur hubiese sido difícil.

Los tiempos actuales. Aunque han pasado por algunos escollos nuestras relaciones con Guatemala, no creo que sean menos cordiales que en los años referidos. Los vínculos de raza y la gran semejanza en nuestra conformación étnica, hacen que mexicanos y guatemaltecos nos sintamos unidos cada vez más. Las pequeñas diferencias no amenguan el mutuo entendimiento. Cada vez son mejores las comunicaciones por tierra y por aire, y el intercambio comercial tiende a intensificarse.

Un viaje placentero. Acabo de ir a Guatemala por tres días, con la ilusión de revivir la temporada larga que pasé en los años veintes. Estoy asombrado, perplejo. Como en un sueño transcurrió este viaje. Lo que vi y lo que oí me parece una leyenda. Algo que no podía imaginar que llegara a repetirse.

Desde que pasé por la embajada de Guatemala a solicitar la visa de mi pasaporte, recibí la grata impresión de lo que sería el viaje. Su Excelencia García Gálvez me dio toda clase de facilidades y me aseguró el buen éxito.

He realizado esta excursión con el programa previsto, sin que fallara un solo detalle. He ido en *jet*, es decir, a una velocidad increíble. En una hora y treinta y cinco minutos he llegado a Guatemala. Una recepción cordial. Me atendió el coronel jefe del aeropuerto y en unos cuantos minutos estaba ya en un céntrico hotel.

Visitas cordiales. Durante los breves días que pasé en la tierra *chapina*, recibí o visité a viejos y nuevos amigos, con quienes departí

agradablemente. Los voy a mencionar, como en el teatro, por orden de aparición: Antonio Chocano y Batres, hijo de mi amigo el poeta de América, José Santos Chocano; Eugenio Silva Peña, a quien conocí como diputado cuando se hizo el intento de Unión Centroamericana, en 1921; al paisano y viejo amigo Miguel Ravelo, quien llegó con una de las hijas de don Celso Zepeda, de Comitán; al hondureño Toño Castillo Vega, siempre en plan de rebeldía; y a Rafael Arévalo Martínez y su esposa, a quienes visitamos en su casa de la 10ª avenida.

Arévalo Martínez sigue siendo el primer poeta de Centroamérica y uno de los más notables de la América Hispana. Quizás no se completen cinco de su talla en el Continente. La mejor definición de él figura en el libro de sus *Obras escogidas* que se publicó en 1959 para celebrar sus bodas de oro con las musas. Dice: “es algo así como un triste y enjuto caballero romántico, más espíritu que cuerpo, expresión de lo irreal, de sutil poesía, de ultraterrenidad...” De Arévalo Martínez recuerdo su celebrada *ropa limpia* y varios trozos de las poesías que le han dado mayor fama. El autor de *El hombre que parecía un caballo*, es un novelista consagrado y sobresale como psicólogo y filósofo. Escribió estos dos versos:

*Cuando uno está tan cansado
que ya no puede descansar.*

Y como tiene muchos años de creerse un moribundo, y mientras más tiempo pasa aparece en mejores condiciones físicas, demuestra que no tiene miedo a la muerte al torearla así:

*Entrégate por entero
hasta que caigas inerte
en el momento postrero;
y cuando venga la muerte
¡entrégate por entero!*

Saludamos en Guatemala a quien fuera ministro de Relaciones en tiempos del Presidente Orellana, don Adrián Recinos, escritor indigenista muy distinguido, y en Quezaltenango al doctor López Herrarte, ministro de Salubridad.

Muy grata y evocadora fue la visita que hicimos en su despacho al licenciado Unda Murillo, ministro de Relaciones, un viejo amigo

de los añorados días de cuando estuve al frente de nuestra legación en Guatemala.

Otro gran amigo que nos recibió jubilosamente fue David Vela, hermano de Arqueles y director de *El Imparcial*. Con David departimos largamente, almorzamos dos veces y recorrimos su periódico, donde tuvimos el gusto de saludar al culto escritor César Braña y al gran poeta quezalteco Alberto Velázquez, admirador y amigo de Carlos Pellicer.

De los encuentros que he referido fue testigo el escritor y periodista Agustín Arroyo Ch., quien regresaba de un fabuloso viaje aéreo por las principales ciudades de Sudamérica. Nuestro amigo Arroyo Ch., quedó gratamente impresionado de la cordialidad con que nos recibieron los guatemaltecos y seguro de que su simpatía por México es sincera y grata.